

Otoño? ¿Con qué autoridad pregonaremos en adelante que el arte español es hoy tan magnífico y espléndido como en los buenos tiempos del Renacimiento?

Sin embargo, haría mal quien juzgase el arte español de hoy por lo que dice de él este Salón de Otoño, condenado con la indiferencia de los verdaderos artistas, del público inteligente y de la crítica autorizada.

Por doquiera surgen nombres que teníamos completamente olvidados como si pertenecieran a épocas remotísimas de las que apenas se guarda memoria. Y aquí vemos a Cecilio Plá, allá a Manuel Benedito, el mercantilizado y lamentable Benedito que ha apuñalado uno de los prestigios más grandes de nuestro tiempo; ahora Simonet; después Plasencia; al cabo de un instante José Benlliure... Y nos preguntamos entre asombrados e inquietos: ¿pero viven estos hombres aún; no se resignan a morir; quieren todavía luchar en un mundo tan por completo distanciado de ellos? ¿Tan ciegos están que no ven que su época pasó para nunca más volver, y todo intento de supervivencia les llena aún más de ridículo y les hace perder el poco respeto que se les pudiera tener?

De todos ellos, el que más amarga y desconsoladora impresión produce, es Manuel Benedito. ¡Qué dos retratos y qué valenciana de caja de naranjas presenta! ¿Para esto se ha molestado en salir de su aristocrático retiro, donde van a buscarle las encopetadas damas de la aristocracia para que las mienta retratos acromados y embusteros a cambio de unos miles de pesetas? ¿Acaso se figura el Sr. Benedito que la crítica y el público son como esas damas cursis y empalagosas, residuo averiado de un mundo que desaparece, a marchas forzadas, empujado por un nuevo estado social más respetuoso con los fueros de la humanidad, anhelante de justicia e implacable demolidor de prejuicios absurdos, fanatismos criminales y privilegios monstruosos? ¡Qué pena tan honda causa contemplar el envío de Benedito, considerado por los organizadores del acto como el *clou* más importantel Ya el artista, aquel artista que inspi-